

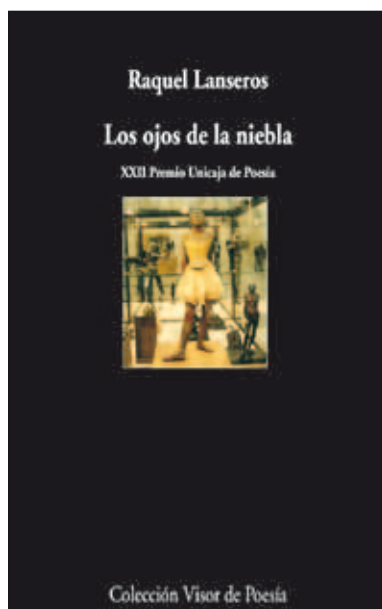
Alejandro López Andrada



En la arboleda azul

La poesía es un lugar donde acercarse a tocar el misterio con el corazón. Sólo en un poema puede caber la luz de una galaxia, el resplandor de una eternidad. Los mejores versos que he leído, los más bellos y enigmáticos, son como bengalas de silencio que reverberan en mi interior con la serenidad feliz de los cielos de la infancia. No hay muchos poetas que consigan trasladarme a ese cálido espacio donde reside la pureza tocada por un magnetismo que es al mismo tiempo quietud y eternidad, movimiento y ceniza, hondura y alegría, enigma y luz. Justo ahí, en ese punto donde confluyen los contrarios, respira a sus anchas la obra lírica de Raquel Lanseros, una voz tierna y envolvente que horada y traspasa las celosías del misterio sirviéndose de una celeste transparencia en la que anidan pájaros y estrellas, los heraldos más puros de la claridad.

Hablar de la poesía de Raquel es como abrazarse a la alegría de un paseo por la arboleda donde vive la luz de los días perdidos, de esa claridad depositada en la paz de un horizonte azul. En toda su obra, desde su primer poemario *Leyendas del promontorio* (2005) hasta su más reciente libro publicado, *Croniria* (2009), con el que obtuvo el prestigioso premio “Antonio Machado” en Baeza, lo que más sobresale es esa pureza que suele habitar solamente los poemas que han sido pintados con el alma de puntillas y el corazón traspasado por la luz de la emoción. Esto quiere decir, sobre todo, que en los versos de Raquel Lanseros arde un tiempo de inocencia que nada ni nadie podrá nunca deshacer, por eso cuando el lector lee, por ejemplo, *Diario de un destello*, que obtuvo un Accésit del Premio Adonáis en 2005, siente un temblor de hojas movidas por el viento, un murmullo otoñal que le traslada a un bosque imaginario donde el amor dialoga con la oscuridad hasta alcanzar un estado transparente de hondura emocionada en la que las sombras yacen con la luz: “Las despedidas son como el otoño.../ Nadie puede acusar de su tristeza/ a la pequeña hoja tiritando dormida/ en medio del camino”. Nadie ha sabido reflejar ese concepto de las despedidas de una manera tan minuciosa y mágica, de un modo tan luminoso y transparente como el que la poeta utiliza apoyándose en la imagen de una frágil hoja abandonada en el camino. Lo que nos emociona de estos versos es su suave y exacto tratamiento estético, esa mirada tan pura que nos conmueve por su sencillez. Y es precisamente en esa sagrada sencillez donde destella una de las cualidades más esclarecedoras de la obra poética de esta autora singular que tiene el don de expresar y comunicar sensaciones profundas, emociones de una hondura inabarcable, con una sutileza expresiva que graba el misterio en los ojos del lector.



La poesía de Raquel Lanseros es sugerente, amena, elegantísima y, al mismo tiempo, salvaje y contundente como un susurro de viento atravesando el silencio de un gran bosque. Al leer sus versos el lector siente un regusto de serenidad luminosa, un dulzor de cometas remando sin prisa por el cielo de la infancia que se fue, por eso el amor en su poesía “toma formas caprichosas./ Algunas veces, el amor es la lluvia/ fina e imperceptible/ que acompaña las tardes oscuras de noviembre./ El amor como un viaje a lo desconocido...”. Y es en ese viaje hacia lo ignoto, hacia lo profundo, lo bello y lo enigmático donde uno posa su aliento y su mirada al introducirse en los versos de Raquel.

En este sentido, a mí me gusta especialmente su manera de dibujar sucintamente, con muy pocas palabras, la desolación de las despedidas, el temblor de la ausencia cuando el ser amado se aleja, dejando tras de sí un limpio reguero de caricias y palabras que se escriben con frío en las viejas paredes del alma cada vez que la

soledad desamuebla y oprime el corazón. Y así, uno de los poemas de Raquel que he leído más veces disfrutando de su hondura, al mismo tiempo dulce y oprimente, es el titulado “En ocasión de todos los finales”, de *Diario de un destello*, y lo he hecho siempre movido por un extraño gozo en el que se mezclan el frío y la melancolía con la ternura y la serenidad. Es, bajo mi punto de vista, el mejor poema de un libro diáfano donde resuena un aroma húmedo y otoñal que va hilando sin prisas un rosario de recuerdos, emociones y sensaciones en las que uno reencuentra pasajes de una vida parecida a la suya y se ve “trepar el muro de su propia huerta/ acallando a sus perros/ penetrando furtivo en su mísera casa/ de trigo húmedo y ajo”. El mensaje del poema recién citado, “Yago Bazal se deja ver dos horas”, es de una contundencia luminosa, de una onírica fuerza que nos agrieta el corazón. Todos nos sumamos, al leerlo, a la derrota, a la huida valiente de un hombre que corre por el espacio del poema anhelando el pan noble de la libertad.

La poesía de Raquel Lanseros conmueve siempre de un modo prodigioso, pero es, a mi modo de ver, en su libro siguiente, el imprescindible *Los ojos de la niebla*, donde ésta aún se hace más tersa y más flexible, y se llena de nuevos murmullos en su gran espacio que es la arboleda azul donde los objetos y conceptos más oscuros y penumbrosos adquieren claridad, como puede verse en el poema titulado “El hombre casado”: “Tu recuerdo regresa con olor a verano/ en las noches más bellas, cuando cesa el rugido/ y el mundo se disfraza de sí mismo”, o, en el mismo sentido, también vibra un viento frutal que arranca emociones del silencio, del enorme vacío que cabe en las grietas del cansancio, y nos deja, no obstante, un puñado de sueños barnizados por el flogonazo eterno del amor: “Te recuerdo. Hace frío./ Y el frío me devuelve/ aquella forma tuya tan sutil...”. El lector halla aquí un ejercicio singular de melancolía, un pentagrama de emociones y escenas bajo el lánguido emparado de una ausencia de esparto, un techo abierto a la intemperie donde los versos se anudan ateridos y, al mismo tiempo, vestidos por la seda de un silencio que abraza y da forma a la ternura que Raquel Lanseros enhebra en el tapiz de cada emoción, conformando el feliz fulgor de una poesía atravesada por la sinceridad.

Es, precisamente, en ese resplandor tan común en muchos versos de Raquel donde, más de una vez, cuando he leído sus poemas, me he sentado a descansar. Y mientras lo hacía, mientras sentaba mis pupilas sobre la emoción de una metáfora o de un hallazgo lírico de hondura misteriosa, sentía en mi interior un gorjeo de aire fresco: “Los álamos susurran las palabras de Dante./ Los amantes son túneles de luz/ a través de la niebla./ Los besos, amapolas/ de un cuadro de Van Gogh.../ El silencio/ es la respuesta de todas las preguntas”. Referente a esto último, yo mudaría esos versos suyos por este versículo mío: “La poesía de Raquel, tan luminosa y cálida, es la respuesta a todos los misterios”. En ella he sentido tantas veces mansedumbre y silencio, amor y soledad, esperanza y ternura, la raíz de un resplandor, la sensación de hallarme en la arboleda azul de una infancia que jamás regresará y, no obstante, ahora me devuelve inmarcesible, bajo un sol que no quema, la poesía de Raquel, donde yo me quedaría a vivir.

Marzo 2013

